



LA VIOLENCIA PATRIARCAL DEL CRIMEN ORGANIZADO EN LAS ESCUELAS: MODELOS DE MASCULINIDAD EN MICHOACÁN, MÉXICO

Mónica Lizbeth Chávez González

ENES Morelia, UNAM

mchavez@enesmorelia.unam.mx

Diana Cecilia Rodríguez Ugalde

ENES Morelia, UNAM

psic.diana.rdz.ugalde@hotmail.com

Mariana Lizbeth Espitia Zavala

ENES Morelia, UNAM

marianaespitiazavala@gmail.com

Área temática: 15. Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas

Línea temática: 7. Violencia de género. Violencia por motivos de género y contra las mujeres. Masculinidades y violencia. Diversidad sexogenérica y violencia.

Tipo de ponencia: Reporte parciales o final de investigación



Resumen

La criminalidad organizada del narcotráfico forma parte de las redes transnacionales de economía política del capitalismo y como tal, participa activamente en las lógicas de depredación y despojo. Estas lógicas se activan en espacios institucionalizados mediante la administración de la violencia y la perpetuación de un orden patriarcal. El objetivo de esta ponencia es analizar los modelos de masculinidad que se tejen en el espacio escolar a través de dos actores centrales: el docente y el narcotraficante, ambos con códigos de inteligibilidad compartida y a la vez en disputa que permite la operatividad de la violencia en las escuelas. A través de un trabajo cualitativo de corte etnográfico se realizaron entrevistas y observaciones directas en cuatro regiones del estado de Michoacán, lo cual permitió demostrar que las violencias sociales que se manifiestan dentro y fuera de las escuelas en los contextos donde opera el crimen organizado forman parte de un continuum que reproduce el orden patriarcal a diferentes escalas, lo cual permite el avance extractivista del sistema capitalista actual.

Palabras clave: Capitalismo, Patriarcado, crimen organizado, Violencia, Escuela, Masculinidades

Introducción

El crimen organizado ha pasado a ser una metodología fundamental del capitalismo extractivista del siglo XXI en América Latina (Teran, 2019). Las prácticas de extracción y despojo que realizan

no se instauran sólo en los “recursos naturales”, sino también en las esferas de producción de subjetividades y de lo comunitario. Una de ellas son las escuelas públicas, espacios institucionalizados que históricamente han sido pieza fundamental para la construcción y reproducción de conocimientos, prácticas y subjetividades modernizantes.

De modo que problematizamos a las escuelas públicas de educación básica localizadas en contextos afectados por el crimen organizado en Michoacán, México, y reflexionamos en torno a las siguientes preguntas: ¿cuáles son los procesos históricos del capitalismo-patriarcal criminal que enmarcan a las escuelas públicas de educación básica en Michoacán en las últimas dos décadas?, ¿cómo se configuran modelos de masculinidad en las escuelas que contribuyen a la reproducción de las violencias patriarcales?, ¿qué diferencias sobre estas configuraciones subjetivas de género se presentan al interior de las escuelas?

El objetivo de este artículo es analizar cómo las violencias sociales derivadas de la política capitalista extractivista en la que se inserta el crimen organizado se manifiestan en las escuelas mediante la reproducción de un orden patriarcal que se materializa a través la conformación de modelos de masculinidad tensionadas y dialogantes que configuran las dinámicas cotidianas dentro de los espacios educativos. Con ello, queremos demostrar que las violencias sociales que se manifiestan dentro y fuera de las escuelas en los contextos donde opera el crimen organizado forman parte de un continuum que reproduce el orden patriarcal a diferentes escalas, lo cual permite el avance extractivista del sistema capitalista actual. Las escuelas y su personal directivo, docente y estudiantil van perdiendo más capacidad de acción frente a las violencias que los atraviesan y los colocan en encrucijadas de sobrevivencia actual.

En términos metodológicos elaboramos una investigación cualitativa de corte etnográfico. Participaron trabajadoras y trabajadores escolares de seis escuelas distintas, tres primarias y tres secundarias, dos urbanas y cuatro rurales, localizadas en las regiones del Valle de Apatzingán, Tierra Caliente, Oriente y de la Meseta Purépecha en Michoacán. Para ello se indagaron sus percepciones, los riesgos, las violencias y las prácticas de resistencia en contextos de crimen organizado. Se realizaron entrevistas individuales al personal escolar, y observaciones directas sobre las manifestaciones de violencia dentro del espacio escolar, específicamente en los escenarios de interacción entre el alumnado y entre éstos y los docentes fuera del espacio aulístico: entrada y salida de clases, los recesos, los momentos de disciplinamiento en las oficinas escolares, actos cívicos, partidos deportivos y ensayos artísticos. A continuación, se presentan algunos de los hallazgos más relevantes junto con una contextualización del sistema capitalista y patriarcal del crimen organizado en México.

1. Historia reciente del capitalismo-patriarcal criminal en México y la región

En la última década, América Latina ha experimentado cambios sustanciales en las dinámicas políticas y económicas, una de ellas tiene que ver con el fortalecimiento y organicidad del

crimen organizado en los territorios. El crimen organizado se relaciona con los procesos de acumulación capitalista a escala global, especialmente con el extractivismo a través del despojo de manera violenta de los bienes comunes y de las riquezas de los territorios. Este despojo genera un desgarramiento de lo comunitario, explotación de los cuerpos, degradación ambiental y producción de subjetividades del miedo, el sufrimiento y la indefensión (Harvey, 2004). Si bien la presencia del crimen organizado no es un fenómeno reciente, se han generado cambios en las redes de poder, los procesos de control territorial, la distribución de la riqueza, la sofisticación de las formas de operación, la diversificación de los mercados controlados, así como alianzas políticas regionales y transnacionales que desvelan la fuerte vinculación entre la criminalidad de estas redes y el afianzamiento del sistema capitalista extractivista (Terán, 2019).

Algunos de los alcances sociales que ha tenido el arraigo del crimen organizado en la sociedad mexicana son: el incremento de la violencia armada, la militarización del país, las disputas entre los cárteles por las “plazas”; la violencia dirigida hacia la población civil debido al cambio de códigos de poder por parte de grupos armados legales e ilegales, que ha derivado en cerca de 72 mil personas desaparecidas y 350 mil personas asesinadas de enero de 2006 a mayo de 2021 (The Washington Post, 14 de junio de 2021); el incremento de redes de trata de personas, los secuestros de personas en condición de tránsito migratorio, el desplazamiento y el despojo del territorio; los asesinatos a personas defensoras de derechos humanos y ambientales.

En cuanto a su operatividad, el crimen organizado requiere de una estructura y organicidad que no se concentran exclusivamente en la lógica del sistema capitalista. Por el contrario, en este análisis problematizamos su articulación también con el sistema patriarcal, pues identificamos que en América Latina las relaciones de producción capitalistas aún requieren del orden patriarcal al sostenerse y perpetuarse por medio de la división sexual del trabajo (Federici, 2010; Mies, 2018). Desde una perspectiva situada en las sociedades occidentales u occidentalizadas, comprendemos al patriarcado como un orden establecido por un sistema de dominio basado en un conjunto de relaciones de poder que instaura una jerarquía social y política basada en el género. En ella, el estatus de masculinidad ejerce un control cultural, moral, político y económico sobre el estatus de feminidad, al cual se le exige un “tributo de obediencia a la posición masculina” (Segato, 2018: 41).

Este orden se conforma a través de los símbolos y mitos disponibles culturalmente sobre lo femenino y lo masculino, de los conceptos normativos, de las instituciones y organizaciones sociales, y de las subjetividades (Cumes, 2023; Segato, 2016, 2018; Federici, 2010; Scott, 1999). En esta línea, Segato (2018) refiere que los elementos distintivos del orden patriarcal son el “mandato de masculinidad, corporativismo masculino, baja empatía, crueldad, insensibilidad, burocratismo, distanciamiento, tecnocracia, formalidad, universalidad, desarraigo, desensibilización, limitada vincularidad” (p.15). El orden patriarcal se entrama con el sistema capitalista al generar los mecanismos para su propia reproducción, donde una posición feminizada es subyugada, expropiada y usurpada por la posición masculinizada. La permanencia del orden capitalista depende de la instauración del género como dispositivo de poder que dispone los mecanismos

de control de la subjetividad-materialidad para la dicotomía jerárquica entre ambas posiciones (Federici, 2010; Mies, 2018).

A nivel nacional, Michoacán es uno de los estados que se ha visto mayormente agraviado por la presencia del crimen organizado. En él fue donde se localizó inicialmente la Guerra contra el narcotráfico a través del Operativo Conjunto Michoacán en el año 2006 y en 2020 fue señalado como uno de los cinco estados con más víctimas por el conflicto armado (INFOBAE, 4 de enero de 2020). En su interior, operan el Cártel Jalisco Nueva Generación, los Caballeros Templarios, los Viagras, la Familia Michoacana y Pueblos Unidos (Beittel, 2022). La presencia de estos grupos en la región se relaciona con la producción agrícola de exportación, como el aguacate, el mango, la zarzamora, el arándano y el limón; la producción y distribución de narcóticos; la extorsión, los secuestros y el cobro de piso; la extracción de maderas (trabajo de campo).

2. Las masculinidades del crimen organizado y del magisterio: entre la tensión y el diálogo

El crimen organizado se sostiene del sistema capitalista patriarcal en tanto que instaure el ejercicio de las violencias como forma constitutiva para reclutar miembros, producir subjetividades de crueldad y generar dispositivos de biopoder (Segato, 2018). Las violencias sociales están inmersas en las relaciones de género que se reproducen en contextos específicos. Cuando hablamos de relaciones de género, desde una mirada occidental, estamos refiriéndonos a un dispositivo de poder que instaure una jerarquía sociopolítica del estamento de lo masculino sobre el de lo femenino, a partir de la naturalización de diferencias socialmente construidas (Segato, 2016). A nombre del género se justifican y legitiman acciones y violencias que parten desde lo cultural para después naturalizarlas e implantarlas en los cuerpos y sus relaciones sociales. A partir de esta colonización de los sexos es que se comienzan a feminizar y masculinizar los cuerpos y las acciones de las personas. Se interiorizan y perciben ciertas acciones como específicas de las mujeres o de los hombres, sin ser cuestionadas.

La masculinidad hace referencia a representaciones sociales que generan normas que, de manera cotidiana, definen el deber ser de un hombre. Es un sistema de catalogación y de valoración mediante una serie de códigos, valores, comportamientos y relacionamientos que se construyen social e históricamente a partir de las acciones e interpretaciones cotidianas y que constituyen aquello que Gilmore llama “la forma aceptada de ser un varón adulto (...) como un premio que se ha de ganar o conquistar con esfuerzo, y de por qué tantas sociedades elaboran una elusiva imagen exclusivista de la masculinidad mediante aprobaciones culturales, ritos o pruebas de aptitudes y resistencia” (Gilmore en Hernández, 1995).

Dentro del sistema capitalista/patriarcal la masculinidad se articula desde la competencia, por lo que la agresividad y, específicamente, la violencia, forman parte importante de la caracterización de lo masculino. Se parte de la presión, el dominio y el poder sobre otras y otros para legitimar y reconocer al hombre “masculino”. Este tipo de asociaciones se da, pero a la inversa, en el caso

de las mujeres, relacionando lo femenino con la debilidad y la indefensión” (Hernández, 1995). Aunque la masculinidad se instaure generalmente en los hombres también genera conflictos con ellos. Esto es así ya que existe un enfrentamiento entre ellos mismos para reconocerse como el dominante y el que mantiene el control sobre los otros cuerpos existentes. A esto se le llama masculinidad hegemónica (Connell, 2003), la cual se instaure y se adapta a distintos contextos sociohistóricos y se opone a otras formas de construir la masculinidad lejos del poder y el control (Hernández, 1995). Cuando ciertos comportamientos o percepciones se salen de la masculinidad hegemónica, se feminizan y se consideran como algo inferior, por lo que es susceptible de ser subordinado, invisibilizado y controlado. Así, prevalece lo masculino como una actividad hegemónica que está siempre en contra o sobre otras formas de masculinidad que no concuerdan con ese ideal impuesto culturalmente, que es además casi imposible de lograr, pero que su carácter de horizonte inalcanzable es lo que permite afianzar el poder sólo a una minoría de hombres (Hernández, 1995).

Los espacios escolares refuerzan modelos hegemónicos de masculinidad; sin embargo, con la llegada del crimen organizado se ha generado un nuevo modelo guerrillero que disputa la hegemonía de lo ya constituido institucionalmente. En las escuelas impregnadas por el crimen organizado analizadas en Michoacán hay modelos de masculinidad tensionadas, representados por las figuras del docente frente a las del narcotraficante. Los docentes varones se autoproclaman como el modelo civilizatorio en los espacios educativos. Históricamente hay una narrativa del ser docente que sostiene la imagen del maestro como aquel sujeto respetable, que tiene buena conducta moral, que ha concluido estudios profesionales, que es estricto, laborioso, que logra mantener la disciplina y representa la autoridad institucional. Es un sujeto que inspira a la civilidad moderna en términos sociales, culturales y económicos, es la encarnación de la blanquedad anhelada mediante la acumulación de capitales económicos, culturales, simbólicos y sociales.

Con la llegada e instauración del crimen organizado en las regiones de estudio, han emergido otras formas de constituirse como varones dentro de las localidades derivadas de la presencia del crimen organizado. En las filas armadas, se encuentran hombres que son intocables en términos de la ley, que mantienen control de los cuerpos-territorios, que a través del ejercicio de la violencia generan subjetividades del temor, que capitalizan socialmente a través de la distribución de su riqueza, y que acceden a objetos ostentosos en términos materiales y simbólicos. Los hombres de la “maña” acceden por su voluntad o son reclutados para formar las filas del crimen organizado, los costos de este acceso implican una renuncia de vida. Al respecto, uno de los maestros que se vio forzado a incorporarse a las barricadas montadas por los grupos criminales, comenta:

yo le digo, yo he ido ahí a las barricadas, yo he estado ahí y han estado la gente, esa gente. Y hay veces que se acercan, porque es como todo, o sea, no nomás es los jóvenes, llegas allí y ya, pus te pones a platicar porque en sí es mucha gente del pueblo, o sea,

vamos diez de aquí, diez, cinco de otro lado y nos juntamos, y llegan a ellos y, y muchos así, se podría decir que chavos que de unos 20 a 22 años, llegan y “oye, me quiero meter con ustedes” y todo. Y hubo una ocasión de que estaba ahí yo y uno de los que estaban encargados ahí les empezó a contar, dice “la verdad no te recomiendo”, dice “¿por qué?”, dice “te pagan”; no me acuerdo, creo que 15mil pesos al mes o 20mil al mes, dice “ese mes no puedes salir a ningún lado, tienes que estar día y noche aquí, o a donde te llamen. Si te llaman a echar chingadazos”, así dice él, “vas, y no sabes si vas a regresar o no. Después de que se cumple el mes te dan tres días y otra vez a regresar a chingarle”. Dicen ellos “se podría decir que, que renuncias a tu vida para, ¿ora sí que para, para responderle al patrón”, así le llaman ellos al jefe, “estar a las órdenes y de las que dé él”. Y ya estaba, y sí el señor le estaba comentando, dice “no, la verdad no te recomiendo”, dice “¿orita”, dice “está muy, están muy feas las cosas”, dice “antes se metían y duraban dos, tres meses y se salían, y no les decían nada”, dice “¿orita ya te metes y mínimo tres años y no hay de que ya me salgo, si te sales te van y te buscan. ¿Ora sí que, el que se quiere meter, le tiene que pensar muy bien» (Entrevista a maestro originario de la localidad, región de Tierra Caliente, 27 de mayo de 2021)

Así pues, la territorialización del crimen organizado no sólo se presenta en las barricadas sino a través de la dueñitud sobre los cuerpos de otros varones, varones que son feminizados ante el dominio y control de lo que otros autores han denominado “la masculinidad guerrerista” (Rivera y Escobar, 2018). En una de las escuelas ubicadas en Tierra Caliente, uno de los miembros directivos del plantel fue amenazado por un estudiante. El directivo estaba convencido de que “con el diálogo tengo las armas”; sin embargo, la posibilidad de disciplinar este comportamiento se frenó cuando se enteró que el estudiante portaba un arma dentro de la institución y que estaba aliado con microtraficantes de la localidad. A partir de este hecho el director perdió la concentración para trabajar, se sintió temeroso y experimentó una sensación de incertidumbre sobre su vida fuera de la escuela. Dialogó con la madre del alumno y dio reporte a las autoridades locales, sin embargo, no fueron medidas que menguaron la subordinación ejercida por la presencia armada de un alumno y su respaldo con el crimen organizado (trabajo de campo, región Tierra Caliente, 26 de septiembre de 2022).

La masculinidad guerrerista surge dentro de los códigos, valores y comportamientos de grupos armados, pero suele expandirse fuera de estos para convertirse en modelos dominantes de hombría (Rivera y Escobar, 2018). Acciones como los secuestros, violaciones o asesinatos de cuerpos femeninos o feminizados forman parte de lógicas de guerra que se instauran incluso en entornos civiles. A través del ejercicio de la violencia y de las subjetividades que generan, la masculinidad guerrerista puede convertirse en un anhelo, ya que permite estar en la cúspide del dominio social. En contextos de violencia armada, la configuración de este modelo de masculinidad explica porqué muchos jóvenes se vinculan por deseo o por la fuerza a grupos del crimen organizado. En los contextos de precarización y extracción capitalista actual, cada vez es menos posible ejercer y demostrar el rol del “buen hombre” según las promesas civilizatorias

de la modernidad. Rivera y Escobar señalan: “las condiciones de precariedad dificultan para los varones el logro de reconocimiento social, laboral, económico o académico. En ese contexto, la pertenencia a un bando guerrero se convierte en un signo de prestigio ante otros hombres. Del mismo modo, se busca exhibir ciertos signos de masculinidad ante las mujeres como proveedores, protectores o poderosos” (Rivera y Escobar, 2018: 3).

Por otro lado, es necesario resaltar que ambos modelos de masculinidad tienen códigos de inteligibilidad compartida que hacen que las experiencias de encuentro con el crimen organizado sean diferenciadas entre el personal docente femenino y masculino. Esta inteligibilidad compartida queda manifiesta cuando son los profesores varones los que son llamados bajo amenazas implícitas a formar parte de las barricadas perimetrales. Los profesores asumen cierto deber de protección: “aunque me dé miedo, es mi obligación” señaló uno de los docentes (entrevista a maestro, región Tierra Caliente, 27 de mayo de 2021). También reconocen con cierta naturalidad el amedrentamiento del que son objeto para participar en las barricadas: “no te llevan a la fuerza, sólo te dicen “te toca””. Tanto los docentes como los actores del crimen organizado reconocen como propias la territorialización combatiente. Los varones locales son obligados a participar en las barricadas porque conocen la geografía y los cuerpos que por ella transitan, saben quiénes son de las localidades y esa información es útil para las operaciones criminales. El ocultamiento de rostros y la ausencia de vincularidades locales que mantiene el crimen organizado son prácticas que precisamente rompen con el control territorial de la masculinidad local hegemónica, son cuerpos no reconocibles que ejercen control, “no sabemos a quién mirar bien” señaló otro de los docentes (entrevista maestro, región de Tierra Caliente, 25 de mayo de 2021). Ahí algunos docentes toman las armas por primera vez compartiendo pedagogías de muerte con los grupos criminales. Otros únicamente cumplen con la función de vigías, en ambos casos, es preferible disponerse para el control territorial que pagar a alguien para que los cubra, ya que eso los hace ser vistos como “jotos”, “maricones” o “delicaditos”.

Los docentes varones buscan a toda costa no ser feminizados para no ser subyugados y a la vez salvaguardar la propia existencia. De esta forma, hay un proceso de adaptabilidad para estar del lado del que violenta. A partir de esto, los alumnos de estos espacios educativos donde el crimen organizado se inserta también en las dinámicas escolares comienzan a ver el crimen como una oportunidad ya que representa la cúspide del dominio patriarcal.

Conclusiones

El sistema capitalista de corte extractivista que impera en América Latina en las últimas décadas ha impactado el funcionamiento de la educación pública. El crimen organizado forma parte de este entramado de extracción, al generar prácticas y configurar subjetividades que perpetúan el dominio y administran el temor a partir del ejercicio de las violencias. Sin lugar a duda, esto impacta en los espacios institucionalizados en donde se materializa esta compleja articulación entre el estado y la criminalidad. Las escuelas públicas en México han ido perdiendo las

condiciones favorables para cumplir con sus objetivos de educabilidad (Rockwell, 2010), lo cual las ha llevado a procesos de encapsulamiento la mayoría de las veces. No obstante, las violencias presentes en los escenarios educativos surgen en el avance de este modelo capitalista que se sustenta en el patriarcado como primer orden de lo social. Así, encontramos modelos de masculinidad que se disputan la hegemonía en las escuelas afectadas por la presencia del crimen organizado. El control de los cuerpos-territorios, la feminización de cuerpos y relacionamientos sociales, el cuestionamiento a la autoridad institucionalizada, la administración del miedo y la vulnerabilidad, son algunos de los mecanismos que entran en juego al momento de afianzar la violencia masculinizada del crimen organizado. La prevalencia del crimen organizado requiere de la incorporación de nuevos miembros a través de la reproducción de subjetividades, sea a través del secuestro, el sometimiento y la fuerza, o a través de conformar un referente social y laboral para la población. Los modelos de masculinidad tanto guerrerista como magisterial tienen puntos de encuentro y de confrontación que van generando pedagogías de género entre la población escolar, especialmente el alumnado.

Finalmente, con esta ponencia abonamos al debate sobre las violencias sociales en las escuelas al afirmar no sólo la mayor participación de los hombres en los actos de violencia dentro y fuera de las escuelas sino al discutir cómo se construyen alianzas de masculinidad que reproducen las lógicas patriarcales del crimen organizado y del sistema capitalista dentro de los espacios educativos. La masculinidad históricamente presenta una mayor predisposición a la violencia debido a que su configuración, a través de procesos de subjetivación social, se entrama con la violencia y con el ejercicio de poder (Segato, 2003, 2016, 2018) el cual se radicaliza al contar con la referencia social de grupos armados y delincuenciales. Las comunidades escolares no son ajenas a estas lógicas, pues se constituyen de relaciones entre sujetos que son socializados en estos entornos. Sin duda, aún son necesarias mayores investigaciones que apunten hacia esta dirección.

Referencias

- Beittel, J. (2022). *Mexico: Organized crime and drug trafficking organizations*. Washington: Congressional Research Service.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México: UNAM-PUEG-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Cumes, A. (2023). *Clase 1 Seminario Epistemologías antipatriarcales desde el sentido de mundo de los Pueblos Mayas*. En Diplomatura en Feminismos comunitarios, campesinos y populares en Abya Yala, Universidad Nacional de Jujuy.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. México: Traficantes de sueños y Tinta Limón.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. España: Akal.

- Hernández, A. (1995). La masculinidad ¿poder o dolor? En *La ventana. Revista de Estudios de Género*, No. 2. Pp. 64-70.
- Infobae. (4 de enero del 2020). Los 10 estados con los que el narco sembró el pánico. *INFOBAE*. Disponible en <https://n9.cl/lb9qr>
- Mies, M. (2018). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traficantes de sueños: Madrid
- Rivera, C. A. y Escobar, M.R. (2018). Masculinidades guerreristas: subjetividades en el postconflicto. *Nómadas*, 48, Colombia: Universidad Central, pp. 263-266. Recuperado de https://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_48/48_Resena_1%20masculinidades.pdf.
- Rockwell, E. (2010). Repensando el trabajo educativo y cultural en tiempos de guerra. En Meyer, L.; Maldonado A. (eds). *Comunalidad, educación y resistencia indígena en la era global*. México: Colegio Superior para la Educación Integral Intercultural en Oaxaca, Coalición de Maestros y Promotores Indígenas de Oaxaca, 87-101.
- Scott, J. (1999). Experiencia. En *Hiparquia*, 1. Recuperado de <http://www.hiparquia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/volx/experiencia>
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Entrevista a maestro secundaria rural de Tierra Caliente. 26 de mayo de 2021.
- Entrevista a maestro de secundaria rural de Tierra Caliente. 25 de mayo de 2021.
- Entrevista a maestro de secundaria rural de Tierra Caliente. 27 de mayo de 2021.
- Terán, E. (2019) "Crimen organizado, economías ilícitas y geografías de la criminalidad: otras claves para pensar el extractivismo del siglo XXI en América Latina". En López, Pabel; Betancourt, Milson (coords.). *Conflictos territoriales y territorialidades en disputa: re-existencias y horizontes sociales frente al capital en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, p. 419-456.
- The Washington Post. "Una Guerra inventada y 350,000 muertos en México". 2021 Disponible en <https://www.washingtonpost.com/es/post-opinion/2021/06/14/mexico-guerra-narcotrafico-calderon-homicidios-desaparecidos/>.